

**LA EMIGRACIÓN CANARIA A AMÉRICA.
ACOTACIONES DE UN NO-ESPECIALISTA**

JORDI NADAL

Agradezco como se merece el alto honor que me han hecho los organizadores del XII Congreso de Historia Canario-Americana al encargarme una de las ocho sesiones plenarias que pautan las tareas de dicho encuentro científico. Sé que mis méritos son escasos. No soy canario ni americanista; mi única contribución al tema migratorio data de treinta y cinco años atrás y se refiere a un episodio tan ajeno a la historia de las Islas Afortunadas como la corriente humana procedente del Sur de Francia que, de fines del siglo XV a principios del XVII, llegó a Cataluña para colmar la brecha demográfica abierta por las pestes de la segunda mitad del XIV y por las desgracias de la centuria siguiente. Con estas carencias, a falta de otro asidero, me hago la ilusión de que he sido invitado a este Coloquio por mi condición de presidente honorario de la Asociación de Demografía Histórica y, aún más, por el favor de los colegas canarios. En todo caso, gracias a todos por tanta generosidad.

Al historiador no le es fácil sustraerse a la influencia del tiempo que le ha tocado vivir. Las migraciones internacionales constituyen uno de los fenómenos destacados de nuestra época. Dentro de ellas, predominan los flujos de Sur a Norte, en el sentido metafísico (es decir, sintetizador de dispares niveles de desarrollo socio-económico y de evolución histórica) de ambos términos¹. En efecto, y dejando aparte los dramáticos movimientos de refugiados y desplazados por motivos políticos, en nuestra era las corrientes humanas más importantes son las protagonizadas por ciudadanos de los países menos desarrollados (un eufemismo para no referirse directamente a la pobreza) hacia los países más desarrollados o ricos. Sin ir más lejos, los magrebíes y súbditos del Africa Negra que arriesgan sus vidas para llegar, en tétricas pateras, a las playas de Tarifa (o de Fuerteventura) lo hacen empujados por el

hambre. En las grandes migraciones actuales, los factores de expulsión predominan, de forma aplastante, sobre los de atracción. Para decirlo en la jerga de los especialistas, el *push* de las malas condiciones en el punto de partida pesa más que el *pull* de la oferta de trabajo en el lugar de destino. De otra manera no se explicaría la frecuencia de los estallidos racistas que tanto deshonran a las sociedades receptoras.

La percepción anterior acerca del predominio de los factores de expulsión no debe aplicarse mecánicamente al análisis histórico del fenómeno migratorio. Situados en la periferia de Europa, los historiadores españoles y portugueses tendemos a conferir un significado excesivamente pesimista a la gran emigración ultramarina que afectó a la Península Ibérica y a sus islas entre 1880 y 1930, es decir de una Depresión a otra Depresión. En un estudio reciente sobre la emigración mediterránea a América, el italiano Marcello Carmagnani ha tenido el acierto de recordar que dicha expatriación —la de los países ibéricos y también de la península italiana— no fue más que la cola de otra corriente más extensa que afectó al conjunto de Europa, a partir de mediados del siglo XIX. En el curso de unos setenta u ochenta años, el Viejo Continente, con el Reino Unido a la cabeza, exportó al Nuevo Mundo unos sesenta millones de seres humanos. Primero, los emigrantes fueron británicos y alemanes en su mayor parte; después, entre 1881 y 1890, se unieron a ellos los italianos, españoles y suecos; finalmente, a principios del siglo XX, se incorporaron a la carrera los rusos y los portugueses, mientras se retiraban de ella los germanos y los escandinavos².

La generalidad de la corriente —emigración *europaea*, sin más— obliga a encontrarle un denominador común. Al incluir a los países más avanzados del mundo —la Inglaterra victoriana y la Alemania de Bismark—, el denominador no puede ser la falta de medios de subsistencia, la pobreza. Muy al contrario, la emigración europea de carácter masivo en dirección a América, registrada en la segunda mitad del Ocho-cientos y primeras décadas del Novecientos, debe relacionarse con esa gran ruptura que produjo el triunfo de la industrialización, esto es la modernización económica y social. La gran emigración europea a través del Atlántico debe entenderse como signo de progreso, y no como señal de retroceso o de estancamiento. El avance inherente a la Revolución Industrial trajo trabajo y prosperidad a un número siempre creciente de ciudadanos.

Hubo, eso sí, problemas de ajuste. El tránsito de unas sociedades eminentemente agrarias a otras sociedades crecientemente manufactureras y urbanas fué traumático en muchísimos casos. A lo largo del proceso, millares, millones de personas quedaron desamparadas o descolo-

cadadas. De tales víctimas se nutrió la mayor parte de la emigración a América. De la misma manera que, según advierten algunos observadores de hoy, la avalancha humana procedente de países del Tercer Mundo que amenaza con sepultar el Primero —eso, al menos, predicen los agoreros— es, en parte, efecto de las perturbaciones y dislocaciones transitorias e inevitables que el mismo desarrollo de los países menos desarrollados trae consigo. Quiero indicar con estas observaciones que el elevado coste que la emigración suele tener para las personas y las familias directamente implicadas no es incompatible con la obtención de un beneficio social por parte del colectivo que las engloba.

Pero, volvamos a nuestro terreno que es el de la historia. La caracterización de la gran corriente emigratoria española como parte de la gran corriente emigratoria mediterránea y europea, no debe hacerse en perjuicio de su identidad, del reconocimiento de otros rasgos, esta vez particulares, que la singularizan. El principal de ellos son sus larguísimas raíces. La emigración masiva del período 1880-1930 se presenta, en el caso español, como la prolongación y culminación de un flujo de intensidad variable formado desde el momento mismo del Descubrimiento de América.

La atención prestada a la emigración masiva ha tenido el efecto perverso de dejarlo en la penumbra. Aunque de menor cuantía, merece ser rescatado. Un obstáculo es la falta de datos completos y regulares con anterioridad a la *Estadística de pasajeros por mar*, nacida en 1882. Esta ausencia ha sido causa de lagunas y valoraciones más que discutibles tocantes a la entidad del hecho migratorio en los cerca de cuatrocientos años que precedieron a dicha fecha. Me parece llegada la hora de decir que las “licencias de embarque” y las pesquisas complementarias del admirado Boyd-Bowman para el siglo XVI son tan útiles y encomiables como insuficientes. Que salvo algunas excepciones, en especial la de Canarias, nuestro conocimiento de la emigración en los siglos XVII y XVIII es prácticamente nulo. Que la preocupación actual, muy de agradecer, por aclarar lo sucedido en los cincuenta años que precedieron al estallido de la emigración masiva, o sea la etapa comprendida entre 1830 y 1880, es decir desde la pérdida de las colonias continentales hasta el despliegue de la gran oleada, dista de haber dado resultados plenamente satisfactorios.

Para ilustrar el último extremo, voy a referirme a un libro publicado por Alianza Editorial, bajo los auspicios del maestro eminente que es Nicolás Sánchez Albornoz, en este mismo verano que acaba de terminar. La obra corresponde a un resumen de la memoria de doctorado de César Yáñez, un investigador chileno enraizado en Barcelona, y se

presenta con el título *Saltar con red. La temprana emigración catalana a América, de 1830 a 1870*. Sus tesis pueden reducirse a dos: 1.^a) que “Cataluña tomó la delantera en la emigración peninsular a América en el siglo XIX, lo que permite hablar de un período de emigración temprana, que cubre las décadas centrales de la centuria (exactamente, la cuarta, la quinta y la sexta), en que salieron de 1000 a 2000 catalanes por año en dirección a Ultramar”; 2.^a) que esos contingentes corrieron pocos riesgos, por el hecho de formar parte de unas cadenas migratorias que no sólo les tenían informados de lo que iban a encontrar al otro lado del Atlántico, sino que les aseguraban cobijo y empleo mediante su inserción en un entramado de intereses familiares y profesionales, en una verdadera red protectora.

A mi me parece que, sin dejar de ser ciertos, los dos rasgos destacados por Yáñez no son privativos de Cataluña. En contra del carácter temprano, de anticipo, de esa emigración, ahí está otro libro tan reciente como el que estoy comentando (*Historia da emigracion galega*, avalado por la Xunta de Galicia), en el que su autor, Ramón Villares, hace suyos los cálculos de Eiras Roel para dejar sentado que de Galicia salieron en dirección a América una media de 3721 emigrantes anuales entre 1836 y 1860. El hecho se debió a la ruina de la industria linera gallega, sobrevenida en la cuarta y en la quinta décadas del XIX, que, como tan bien ha explicado Joám Carmona, dejó sin el complemento necesario a quince mil familias rurales³. Salvado el paréntesis de las guerras de emancipación americana, los gallegos (y los asturianos y los canarios, como mínimo) volvieron a emigrar con la misma presteza y mayor intensidad que los catalanes.

Por otra parte, tampoco el “salto con red” a que alude Yáñez fué una exclusiva de los naturales de Cataluña. Para probarlo viene como anillo al dedo la *Biografía de El Corte Inglés*, el denso y apasionante volumen dedicado por Javier Cuartas a reconstruir la vida y la obra de dos pobres primos trasplantados de Grado, en Asturias, a la Habana⁴. Los dos emigrantes se emplearon en la misma empresa mercantil. Ambos atrajeron hacia ella a otros compatriotas. Ambos reforzaron la extensa malla que protegía a los asturianos establecidos en la capital de la Gran Antilla. Ambos regresaron a la metrópoli cargados de dinero y de iniciativa.

La emigración catalana no arranca primero ni es de características únicas en el período comprendido entre 1830 y 1870. En cambio, en lo que sí acierta Yáñez es en poner de relieve el enorme aporte a la economía catalana realizado por los hombres y los dineros retornados de América. El tópico diseño del indiano como un rentista y un benefactor

de su pueblo es insuficiente. En el caso catalán, la emigración del segundo tercio del siglo XIX suele obedecer a una estrategia de artesanos y comerciantes por extender sus tentáculos al otro lado del Atlántico. El vínculo familiar y mercantil no se rompe sino que se refuerza con la emigración. El sistema tiene la virtud de foguear a los retoños, extender los mercados y dotar a la sociedad metropolitana de cuantiosos recursos. Ahondando en la línea de Yáñez, la tesina inédita de Raimon Soler llega a precisar que el 41 por 100 de los socios y el 63 por 100 de los capitales invertidos en las seis fábricas de hilados y tejidos al vapor levantadas en Vilanova y la Geltrú, a poniente de Barcelona, entre 1833 y 1888, fueron “americanos”⁵. El caso es extremo. Pero, la reconstitución de todas las compañías mercantiles formadas ante notario, entre 1815 y 1866, en que se halla empeñado un equipo del Departamento de Historia Económica de la Universidad de Barcelona⁶, demostrará que el aporte financiero americano a la Cataluña de la primera revolución industrial fué más importante de lo que se creía.

¡La incidencia de la emigración sobre las economías metropolitanas! Acabamos de plantear una de las lagunas más clamorosas del tema emigratorio. Se habla de los hábitos, palabras y costumbres traídos de América. Se habla de influencias arquitectónicas. Se habla de la repatriación de capitales, sobre todo a consecuencia del Desastre de 1898. Empieza a hablarse de iniciativas empresariales. Debería hablarse de innovación empresarial. El libro ya aludido de Javier Cuartas ha puesto el tema sobre el tapete con dos ejemplos esplendorosos: la creación en Madrid de *Galerías Preciados* y *El Corte Inglés*, por obra de los primos gradenses Pepín Fernández y César Rodríguez. La empresa de la Habana que les había dado trabajo eran los almacenes “El Encanto”, creados por “Solís, Intrialgo y Cia.”, asturianos como ellos. El Encanto era el introductor en Cuba del modelo de los “Department Store” americanos, inspirado a su vez en los “Grands Magasins” franceses, a partir del “Bon Marché” nacido en 1852. El Department Store, o tienda por departamentos, se caracterizaba —y se caracteriza— por un “marketing” tan inocuo en la forma como agresivo en el fondo: exposición de todo el género, en perjuicio de la trastienda; libre circulación entre la mercancía, sin tener que sufrir el acoso del dependiente; precios fijos, a costa del regateo; igualdad de trato entre los clientes; promociones y ofertas, etc. El cambio de escala en las ventas facilita la liquidez y, por consiguiente, la autofinanciación. La concentración de las tiendas en un solo edificio de varias plantas abarata los costes inmobiliarios y permite la localización en puntos estratégicos. En el fondo, la clave del éxito es un personal perfectamente adiestrado y disciplinado. Los grandes alma-

cenes imponen un código de conducta muy estricto a sus empleados. Pasdermadjian, el gran historiador de los Department Stores, concluye que “el gran almacén no es una versión magnificada de la tienda tradicional al por menor, sino algo con una nueva personalidad”⁷.

Ese “algo con una nueva personalidad”, expresión de una cultura comercial desconocida en España antes del segundo tercio del siglo XX, destinado, a pesar del retraso, al éxito avasallador que todos conocemos, es un legado de la emigración. Habrá que ver si la manera “americana” de trabajar ha influido en otros ámbitos de la actividad económica española.

* * *

¿Y las Canarias? He intentado explicar hasta aquí que la emigración española presenta rasgos comunes con la emigración europea y rasgos que les son propios. Algo parecido puede decirse de la emigración isleña.

La emigración canaria es de larga trayectoria, como la española, pero su *tempo* no coincide exactamente con el de ésta. Por una parte, empieza con un cierto retraso; por la otra, acaba más tarde. Su inicio, al menos en términos significativos, no se sitúa en los tiempos inmediatos a los descubrimientos, sino a finales del siglo XVII. La razón de una divergencia aparentemente extraña (si atendemos a la pronta configuración de las Canarias como plataforma de la penetración castellana en el Nuevo Mundo) estriba en la falta de efectivos humanos en la época de los Austrias. Las Canarias eran entonces un territorio casi despoblado (densidad de 7 habitantes por Km²), sometido él mismo a un proceso de poblamiento y colonización. No debe olvidarse que la conquista de las Afortunadas constituye la primera etapa de la expansión ultramarina de la corona de Castilla. En este sentido, parece menos pertinente confrontar Canarias y América que considerar a Canarias como antesala de América. Por espacio de casi dos centurias, los canarios no fueron a América porque las Canarias ya eran América.

En el otro extremo de la carrera migratoria, el flujo canario no se detiene, como lo hace el peninsular, en 1930, sino que se prolonga hasta finales de los sesenta. Sin embargo, la diferencia no debe inducir a engaño. Ni el proceso de modernización ni, por lo tanto, la necesidad de emigrar han concluido en la Península al instaurarse la Segunda República. Sucede simplemente que la Gran Depresión (seguida de la Guerra Civil y de la Segunda Guerra Mundial) ha cerrado a los españoles el receptáculo de América. Cuando éste se reabra, en los años 1950, un formidable competidor le disputará la presa. A fines de los cincuen-

ta y durante la década de los sesenta —los años del *boom* económico europeo— los españoles continentales prefieren cruzar los Pirineos a cruzar el Océano. La corriente americana tradicional queda reducida al aporte canario. Su respectiva situación en el mapamundi ha sellado el divorcio emigratorio de isleños y peninsulares. La necesidad de emigrar es la misma en unos y otros.

Después de referirme a la cronología de la emigración canaria, debo hacerlo a alguna de sus características más visibles, incluso para los inexpertos, entre los cuales me cuento. La corriente isleña en dirección a América ha sido la más intensa de las españolas a lo largo de los siglos XIX y XX. ¿Cómo hacer compatible esta intensidad con el mantenimiento de unas tasas de crecimiento vegetativo extremadamente elevadas? La emigración afecta especialmente a los hombres jóvenes, en edad de tener hijos: la ausencia de tantísimos de ellos debería afectar a las tasas de natalidad isleñas. No obstante, la natalidad del Archipiélago siempre es la más alta dentro de España. La contradicción, que yo no sé resolver, me sugiere la conveniencia de estudiar mejor la relación entre actitudes demográficas internas y emigración.

Por otra parte, la literatura española sobre emigración insiste en distinguir entre emigrantes “miserables”, forzados a emigrar, y emigrantes de condición modesta, pero no miserable, que cruzan el charco de forma menos imperiosa, para mejorar su condición, para “hacer fortuna”. Los primeros serían los canarios y los gallegos. Los segundos, los vascos, los cántabros, parte de los asturianos y los catalanes. Lo último que he leído sobre Canarias me lleva a creer, en la estela de ese investigador perspicaz e infatigable que es Antonio Macías, que el clisé no se ajusta a la realidad⁸. El hecho de que la mayor parte de los emigrantes isleños sean campesinos y analfabetos no autoriza a calificarlos de miserables e ineptos. El cultivo del campo, que constituye su principal ocupación en América, exige unas aptitudes, una capacitación técnica en ningún modo reñidas con el no saber leer y escribir. Tampoco su analfabetismo les incapacitaba para recibir las ventajas o desventajas de los contratos que los terratenientes criollos les ofrecían. Unas observaciones a relacionar con el debate actual son la pretendida existencia de un nexo de causalidad entre niveles de alfabetización y niveles de desarrollo económico en la España anterior a la guerra civil. Todos sabéis que Clara Isabel Núñez se ha erigido en portaestandarte de la realidad de este vínculo⁹. Personalmente, he aducido el ejemplo catalán (alfabetización lenta e industrialización rápida) para poner en solfa el recurso a las causalidades “fáciles” e insistir en la conveniencia de indagar más lejos¹⁰. El manejo de una hiladora o de un telar sólo requería tener ofi-

cio, o práctica. Saber de letras o de números (para leer unas instrucciones o interpretar unos planos) era una exigencia limitada a los mandos intermedios (contra maestros, sobrestantes, mayordomos ...), una minoría dentro de la organización fabril, utilizada como correa de transmisión entre empresarios o directores y obreros.

Desde las postrimerías de los años 1960 la emigración exterior española, tanto en su vertiente metropolitana como isleña, ha ido reduciéndose hasta quedar en nada o casi nada. Han disminuido los atractivos para emigrar y, más aún, se han atenuado los factores de expulsión. La modernización del país, ese proceso de curso tan largo como sinuoso, hecho de avances y retrocesos, de lentitudes, ha llegado a su punto de maduración. La entrada en el club de la moneda única, prevista para el 1.º de enero de 1999, parece al alcance de la mano. La producción agrícola e industrial de España tendrán un lugar dentro de la Unión Europea. La explotación turística de ese activo mayúsculo que es el sol de la costa mediterránea y de las islas del Atlántico compensarán los posibles déficit. A las Canarias les está reservada la doble misión de puente con África y América, y de solarium para los europeos del Norte. La pregunta para las Afortunadas ya no es servicios y turismo sí o servicios y turismo no, sino qué clase de servicios y qué clase de turismo.

NOTAS

1. Joaquín ARANGO. "La cuestión migratoria en la Europa de fines del siglo XX", en Jordi Nadal (coordinador), *El mundo que viene*, Alianza Editorial, Madrid, 1994, pp. 63-94.
2. Marcello CARMAGNANI. *Emigración mediterránea y América. Formas y transformaciones, 1860-1930*. Archivo de Indianos, Gijón, 1994
3. J. CARMONA. *El atraso industrial de Galicia. Auge y liquidación de las manufacturas textiles (1750-1900)*. Ed. Ariel, Barcelona, 1990
4. J. CUARTAS. *Biografía de El Corte Inglés. Historia de un gigante*. 1.ª edición, Espasa-Calpe, Madrid, 1991; 2.ª de. Dicotext, S.L., Barcelona, 1992.
5. Raimon SOLER BECERRO. *Desenvolupament comercial i creixement industrial a Catalunya. Vilanova i la Geltrú, 1839-1914*, tesina de licenciatura presentada en el Departamento de Historia Económica de la Universidad de Barcelona, en septiembre de 1995.
6. C. SUDRIA, P. PASCUAL, Ll. CASTAÑEDA. "Oferta monetaria y financiación industrial en Cataluña, 1815-1860", en *Revista de Historia Industrial*, núm. 1, 1992, pp. 189-202.
7. H. PASDERMADIAN. *The department Store. Its origins, evolution and economics*. Newman Book, London, 1954.
8. Antonio MACÍAS. "La emigración canaria a América. Estado de la cuestión", en *X Coloquio de Historia Canario-Americana*, Ediciones del Cabildo Insular de Gran Canaria, Las Palmas de Gran Canaria, 1994, T. 1, pp. 403-445.
9. Clara E. NÚÑEZ. *La fuente de la riqueza. Educación y desarrollo económico en la España Contemporánea*. Alianza Editorial, Madrid, 1992.
10. Jordi NADAL. *El factor humà en el retard econòmic espanyol. El debat entre els historiadors*. Universitat de Barcelona, Barcelona, 1995.